

de mantequilla, pues no pasé de un asistente flojo y regalón, sin saber no ya lo que es una campaña, pero ni siquiera las fatigas del servicio. Lo segundo, que no todos los soldados son valientes. ¡Cuántos van á fuerza á la campaña, que no irían si los generales al aproximarse al enemigo publicaran, como Gedeon, un bando para que el que se sintiera débil de espíritu se fuera á su casa? Yo aseguro que no pasarían de trescientos valientes en el ejército más lucido y numeroso, si no la llevaban muy cocida, ó les instigaba la codicia del saco. Lo tercero y último, que no todos los que dicen que tienen valor saben lo que es valor.

Mr. de la Rochefocaul, dice: “que el valor en el simple soldado, “es una profesion peligrosa, que toma para ganar su vida.” Explica las diferencias de valores, y concluye diciendo: que “el perfecto valor consiste en hacer sin testigos lo que serian capaces “de hacer delante de todo el mundo.” Con que ya ves que el ser soldado no es prueba de ser valiente.

¡Caramba, Periquillo, y lo que sabes! me dijo con ironía el Aguilucho; pero con todo tu saber, estás en cueros: más sabemos nosotros que tú. En fin, que traigan los caballos, irás á ver nuestra casa, y si te acomodare te quedarás en nuestra compañía; pero no pienses que comerás de balde, pues has de trabajar en lo que puedas.

En esto fueron á traer los caballos, les apretaron las sinchas, y yo monté en las ancas del de el Aguilucho, que era famoso, y nos fuimos.

En el camino iba yo lisongeándome interiormente de la habilidad que habia tenido para engañar á los ladrones, exagerándoles mi cobardía, que no era tanta como les habia pintado; pero tampoco tenia ganas de salir á robar á los caminos exponiendo mi persona. Si el modo con que estos roban, decia yo á mi cotton, no fuera tan peligroso, con mil diablos me echara yo á robar, pues ya no me falta más que ser ladrón; pero esto de ponerme á que me cojan ó me den un balazo, eso si está endemoniado. ¡Dichosos

aquellos ladrones que roban pacíficamente en sus casas sin el menor riesgo de sus personas! ¡Quién fuera uno de ellos!

En estas majaderías entretenia mi pensamiento, miéntas que trepando cerros, bajando cuevas y haciendo mil rodeos, fuimos á dar á la entrada de una barranca muy profunda.

A poco de haber entrado en ella avistamos unas casas de madera, adonde llegamos y nos apeamos muy contentos; pero más alegres que nosotros salieron á recibirnos otros tres cazadores, que eran los que el Aguilucho me dijo que se habian extraviado pocos dias ántes de aquel.

Luego que vieron al Aguilon, le dieron muchos abrazos, y éste se los correspondió con gravedad. Entramos á la cueva y le manifestaron dos cajones de dinero, un gran baúl de ropa fina, y un envoltorio de ropa tambien, pero más ordinaria, junto con una buena mula de carga y dos caballos excelentes. Esta es, decia uno de ellos, todo el fruto del negocio que hemos hecho en siete dias que faltamos á tu lado.

No esperaba yo ménos de la viveza de vdes., dijo el Aguilucho: vamos á ver: repartámos como hermanos. Diciendo esto, comenzó á repartir la ropa entre todos y el dinero se echó al granel en unos baúles que allí habia, añadiendo el señor capitan: ya saben vdes., que en el dinero no cabe reparticion; y así cada uno tomará lo que guste con mi aviso, para lo que necesite. A este pobre mozo, dijo señalándome, es menester que cada uno lo socorra, pues es mi amigo viejo, viene atendido á nosotros, y aunque es miedo-sillo, ahí se le quitará con el tiempo; tiene lo más que es no ser tonto: da esperanzas.

Apénas oyeron la recomendacion aquellos buenos projimos, cuando todos á porfia me agasajaron. Uno me dió dos camisas de estopilla muy buenas: otro una cotona de paño de primera azul guarnecida con cordon y flecos de oro: otro unos calzones de terciopelo negro con botones de plata nuevos, y sin más defecto que tener el aforro ensangrentado: otro me habilitó de medias, cal-

zoncillos y ceñidor: otro me regaló botas, zapatos y ataderos: otro me dió un sombrero tendido, de color de chocolate de muy rico castor, con su galoncito de oro al borde y una famosa toquilla, y el último me dió una buena manga de paño de grana con su dragona de terciopelo negro, guarnecida con galon y flecos de plata.

Después que todos me habilitaron con lo que quisieron, el Aguilucho me regaló su mismo caballo que era un tordillo quemado del mejor mérito, y me lo dió sin quitarle la silla, armas de pelo, freno ni cosa alguna. A esta galantería añadió la de regalarme sus buenas espuelas y tantos cuantos pesos pude sacar en seis puñados, y me mandaron vestir á toda prisa.

Concluida esta diligencia, hicieron una seña con un pito, y salieron cuatro muchachonas no feas y bien vestidas, las que me saludaron muy afables, y luego nos sirvieron una buena mesa, y tal que yo no la esperaba semejante en aquellas barrancas tan ocultas y retiradas del comercio de los hombres.

Así que se acabó la comida, me dijeron como aquellas señoras estaban destinadas al servicio comun de todos, y tanto ellas entre sí como ellos entre ellos se llevaban como hermanos, sin andar con etiquetas, y sin conocerse en aquella feliz Arcadia la maliciosa pasión de los celos.

Acabáronse estas inocentes conversaciones: mandaron ensillar los caballos del Aguilucho y del Pípilo, y se marcharon todos á ver si hallaban caza, dejándome solo con las mujeres, y diciéndome que me entretuviera en reconocer y limpiar las armas.

Yo jamás habia limpiado una escapeta; pero las mujeres me enseñaron, y se pusieron á ayudarme: y para hacer el trabajo llevadero, me preguntaron mi vida y milagros, y yo las entretuve contándoles mil mentiras, que creyeron como los artículos de fé, y en pago de mi cuento me refirieron todas sus aventuras, que se reducian á decir que se habian extraviado y habian venido á dar con aquellos hombres desalmados, una porque su madre la rega-

ñaba: otra porque su marido era celoso: aquella porque el Pípilo la engañó: y la última porque la tentó el diablo.

Así pretendia cada una disimular su lubricidad y hacerse tragar por una bendita; pero ya era yo perro viejo para que me la dieran á comer: conocia bien al comun de las mujeres, y sabia que las mas que se pierden es porque no se acomodan con la sujecion de los padres, maridos, amos ó protectores.

Sin embargo, yo me hice tonto y alegre, y supe de este modo todos los arcanos de mis invictos compañeros: me dijeron como eran ladrones y daban asaltos de interes, que todos eran muy valientes, que rara vez salian sin volver habilitados, y que ya estaban ricos.

En prueba de esto me enseñaron un cuarto lleno de ropa, alhajas, baúles de dinero, armas de todas clases, sillas, frenos, espuelas y otras mil cosas, por las que eché de ver que en realidad eran ladrones por mayor; mas admirándome de que cómo no se apartaban de aquella vida, que no podia ser muy buena ni muy segura, teniendo ya todos con que pasarla, cuando no sin zozobras interiores, á lo ménos sin sustos de la justicia y sin riesgo de los robados, me dijeron: que era imposible que dejaran esa vida, lo uno porque no podian sacar la cara sin esponerse á ser conocidos, y lo otro, porque el robar era vicio, lo mismo que el beber, el jugar y fumar; y así que pretender quitar á aquellos señores de los caminos en clase de ladrones, seria lo mismo que querer quitarles las barajas á los tahures, y los vasos á los ébrios.

En esto estábamos, cuando ya al anochecer llegaron los valientes á casa: se apearon, y después de jugar y chacotear tres ó cuatro horas, cenamos todos juntos muy contentos, y después nos fuimos á acostar, dándome para el efecto suficiente ropa y una piel curtida de cibolo.

Yo advertí que se quedaban cuatro de guardia á la entrada de la barranca para hacer su cuarto de centinela como los soldados, y así me acosté y dormí con la mayor tranquilidad, como si

estuviera en compañía de unos varones apostólicos; pero como á las tres de la mañana me la interrumpieron los gritos desaforados que dieron todos, unos pidiendo su carabina, otros su caballo y todos cacao (1), como vulgarmente dicen.

El azoramiento de todos ellos, los gritos y llantos de las mujeres, el ruido de varios tiros que se oían á la entrada de la barranca y el alboroto general me tenían lelo. No hice mas que sentarme en la cama y estarme hecho un tronco esperando el fin de aquella terrible aventura, cuando entró una mujer, se llegó á mi rincón, y tropezando conmigo me conoció, y enfadada de mi flema, me dió un pescozón tan bien dado, que me hizo poner en pié muy de prisa. Salga vd. collon, me decia, mandria, amujerado, maricon: ya la justicia ha caído y están todos defendiéndose, y el muy sinvergüenza se está echadote como un cochino. Ande vd. para fuera, socarron, y coja ese sable que está tras de la puerta, ó si no yo le esprimiré esta pistola en la barriga.

Esta fiesta era á oseuras; pero de que yo oí decir esprimir pistolas, salí como un rayo, porque no me acomodaban esas chanzas.

Como mi salida fué en camisa y con el sable que me dió la mujer, me desconocieron los compañeros, y juzgándome alguacil en pena, me dieron una safacoca de cintarazos que por poco me matan, y lo hubieran hecho muy fácilmente segun las ganas que tenían, pues uno gritaba, dale de filo, asegúralo, asegúralo; pero á ese tiempo quiso Dios que saliera una mujer con un ocote ardiendo, á cuya luz me conocieron, y compadecidos de la fechoría que habian hecho, me llevaron á mi cama y me acostaron.

A poco rato se sosegó el alboroto, y á éste siguió un profundo silencio en los hombres, y un incansable llanto en las mujeres. Yo algo aliviado de los golpes que llevé, al escuchar los llantos

[1] *Pedir cacao* es frase familiar que significa confesarse vencido ó rendido á discrecion.

y temiendo no fuera otro susto que acarreará á mi cama alguna mujer desaforada, me levanté con tiempo, me medio vestí, salí para la otra pieza y me encontré á todos los hombres y mujeres rodeados de un cadáver.

La sorpresa que me causó semejante funesto espectáculo fué terrible, y no pude sosegar hasta que me dijeron cuanto habia sucedido, y fué: que los centinelas apostados de vigilancia, vieron pasar cerca de ellos y como con direccion á la barranca, una tropa de lobos, y creyendo que eran alguaciles, les dispararon las carabinas, á cuyo ruido se alborotaron los de abajo: subieron para la cumbre, y pensando que dos de sus compañeros que bajaron á avisar eran alguaciles, les dispararon con tan buen tino, que á uno le quebraron una pierna y al otro lo dejaron muerto en el acto.

Cuando oí estas desgracias me dí de santos de que no hubiera yo sufrido sino cintarazos, y hasta creo que se me aliviaron mas mis dolores. Ya se vé, el hombre cuando compara su suerte con otra mas ventajosa, se cree desdichado; pero si la compara con otra mas infeliz, entónces se consuela y no se lamenta tanto de sus males. La lástima es que no acostumbramos compararnos con los mas infelices, sino con los mas dichosos que nosotros, y por eso se nos hacen intolerables nuestros trabajos.

En fin, amaneció el dia, y á su llegada concluyó el velorio, y sepultaron al difunto. El Aguilucho me dijo: tú me dijiste que entendias de médico: mira á ese compañero herido, y dime los medicamentos que han de traer de Puebla, que los traerán sin falta, porque todos los venteros son amigos y compadres, y nos harán el favor.

Quedéme aturdido con el encargo, porque entendia de cirujía tanto como de medicina, y no sabia que hacer, y así decia entre mí: si digo que no soy cirujano sino médico, es mala disculpa, pues le dije entendia de todo: si empeoro al enfermo y lo despacho al purgatorio, temo que me vaya peor que en Tula, porque

estos malditos son capaces de matarme y quedarse muy frescos. ¡Virgen Santísima! ¿qué haré? Alúmbrame..... Animas benditas, ayudadme..... Santo mio, San Juan Nepomuceno, pon tiento en mi lengua.....

Todas estas deprecaciones hacia yo interiormente sin acabar de responder, fingiendo que estaba inspeccionando la herida, hasta que el Aguilucho enfadado con mi pachorra, me dijo: ¡por fin, á qué horas despachas? ¿Qué se trae?

— No pude disimular más, y así le dije: mira, no se puede ensambalar la pierna porque el hueso está hecho astillas (y era verdad). Es menester cortarla por la fractura de la tibia, pero para esto se necesitan instrumentos y yo no los tengo.

— ¿Y qué instrumentos se han menester? preguntó el Aguilucho. Una navaja curva, le respondí, y una sierra inglesa para aserrar el hueso y quitarle los picos. Está bien, dijo el Aguilucho, y se fueron.

A la noche vinieron con un tranchete de zapatero y una sierra de gallo. Sin perder tiempo nos pusimos á la operacion. ¡Válgame Dios! ¿cuánto hice padecer á aquel pobre! No quisiera acordarme de semejante sacrificio. Yo le corté la pierna como quien tasajea un trozo de pulpa de carnero. El infeliz gritaba y lloraba amargamente; pero no le valió porque todos lo tenían afianzado. Pasé despues á aserrarle los picos del hueso, como yo decia, y en esta operacion se desmayó, así por los insufribles dolores que sentia, como por la mucha sangre que habia perdido, y no hallaba yo modo de contenérsela, hasta que con una hebra de pita le amarré las venas, y aprovechando su desmayo le cautericé la carne con una plancha ardiendo. Entónces volvió en sí y gritaba mas recio; pero algo se le contuvo la hemorragia.

Finalmente, á mí no me valió el aceite de palo, el azúcar y romero en polvo, el estiércol de caballo, ni cuantos remedio de estos le aplicaba; cada rato se le soltaban las vendas y le salia la

sangre en arroyos. Esto junto con lo mal curado de lo restante, hizo que el debilísimo paciente se agangrenara pronto, y tronara como tronó dentro de dos dias.

Todos se incomodaron conmigo atribuyendo aquella muerte á mi impericia, y con sobrada razon; pero yo tuve tal labia para disculparme con la falta de auxilios á la mano, que al fin lo creyeron, enterraron al muerto y quedamos amigos. ¡Cuántas averías hacen los hombres mas ó ménos funestas por meterse á lo que no entienden!

Así pase despues sin novedad como dos meses, escribiendo los apuntes que querian, rasurándolos y quedándome de dia á cuidar el serrallo de mis amos, amigos y compañeros. Una noche de los cinco que salieron volvieron cuatro muy confusos, porque les mataron uno en cierta campaña que tuvieron; pero no perdieron el ánimo, ántes propusieron vengarse al otro dia. Son tres, decian, y tres mozos; éstos no valen nada, y así el partido está por nosotros: nos la han de pagar por los huesos de mi madre. Mañana han de pasar por Rio Frio, allí nos veremos.

Acabadas estas amenazas, cenaron y se acostaron. Yo hice lo mismo, pero no muy á gusto, reflexionando que se iba desmembrando la compañía, y acordándome de echar mi barba en remojo, porque veia pelar muy seguido la de mis vecinos.

Pensaba en desertarme, pero no me atrevia, porque ignoraba la salida de aquel encantado laberinto: ni aun osaba comunicar mi secreto á las mujeres, temeroso de que me descubrieran.

En estos cálculos pasé la noche, y á otro dia muy de madrugada me levantaron y me hicieron vestir. Yo lo hice luego luego. Despues ensillaron mi caballo y me pusieron dos pistolas en la cintura, una cartuchera y un sable; me acomodaron una mojarra en la bota, y me pusieron una carabina en la mano.

— ¿Para qué son tantas armas? preguntaba yo muy espantado. — ¿Para qué ha de ser, bestia? decia el Aguilucho, para que ofendas y te defiendas.

Pues nada haré seguramente, decia yo, porque para ofender no tengo valor, y para defenderme me falta habilidad. Yo en los casos apurados me atengo á mis talones porque corro mas que una liebre; y así para mí todo es escusado.

Enfadóse el Aguilucho con mi cobardía, y sacando el sable, me dijo muy enojado: vive Dios, bribon, cobarde, que si no montas á caballo y nos acompañas, aquí te llevan los demonios. Yo, al verlo tan enojado, hice de tripas corazon, fingiendo que mi miedo era chanza, y que era capaz de salir al encuentro al demonio sé viniera en traje de caminante con dinero: se dieron por satisfechos: seguimos nuestro camino con designio de salirles á los viandantes, robarlos y matarlos, pero no sucedió segun lo pensaron.

CAPITULO X.

En el que nuestro autor cuenta las aventuras que le acaecieron

en compañía de los ladrones:

el triste espectáculo que se le presentó en el cadáver de un ajusticiado, y el principio de su conversion.



AUNQUE muchas veces permite Dios que el malvado ejecute sus malas intenciones ó para acrisolar al justo, ó para acrisolar al perverso, no siempre permite que se verifiquen sus designios. Su Providencia que vela sobre la conservacion de sus criaturas, mil veces embaraza ó destruye los inícuos proyectos para que las unas no sean pasto de la ferocidad de las otras.

Así le sucedió al Aguilucho y sus compañeros la mañana que salimos á sorprender á los viandantes.

Serian las seis cuando desde la cumbre de una loma los vimos venir por el camino real. Venian los tres por delante con sus escopetas en la mano: luego seguian cuatro caballos ensillados de vacío, esto es, sin ginetes: á seguida venian cuatro mulas cargadas con baúles, catres y almofreses, que se conocia lo que era de léjos,